

# La jubilación de Dios: ficción bioética

Pablo Argibay

Para C.: sin vos seguiría mirando solo para adentro.

En memoria de Albert Schweitzer (1875-1965), filósofo, teólogo protestante, y músico..., pero sobre todo médico. Por sobre todas las cosas, él creía que el fin supremo de todo ser humano, el principio más alto, era el respeto por la vida.

*La filosofía verdadera debe empezar con el hecho más inmediato y más comprensivo del sentido: soy ser vivo y deseo vivir, en medio de seres vivos que desean vivir.*

**Albert Schweitzer**  
Philosophy of Civilization



Albert Schweitzer. P. Argibay, 2012. Boceto sobre papel.

Hacia tiempo que Dios se había retirado, no por viejo, no; el infinito no tiene edad. Dice el Arcángel Gabriel, el mensajero de Dios, en la Argentina disfrazado de gauchito Gil y que siempre lo acompaña, que Dios estaba cansado y hasta a veces se lo veía un poco decepcionado. Un día tomó su mochila y algunas cosas y se fue..., se fue a vivir a un ranchito perdido en la pampa. Ahora entre mate y mate, mira la Web y piensa que tal vez no se debería haber ido. Dice Gabriel que dice Dios: "Si me hubiera quedado, si hubiera peleado..."; pero ya se sabe: el mundo se ha transformado en un gran supermercado y como dice Miguel "en las puertas del supermercado la lucha acaba".<sup>1</sup> Y sí..., los señores supermercadistas se apropiaron del mundo con tanta fuerza que hasta Dios cedió. La salud, la educación, la seguridad, la ciencia y la tecnología..., todo se compra y todo se vende, todo es mercancía y por ende todo es empresa. Y donde todo se vende, se terminan los derechos naturales, y empiezan el dolor, la enfermedad, el hambre, la ignorancia..., evitables ¡claro!

## Charla de Dios con Gabriel

¿Viste?, alrededor de 29 000 niños y niñas menores de cinco años (21 por minuto) mueren todos los días. Y bueno, no todos se pueden salvar. Pero es que son causas evitables. Sí, en eso tenés razón: antes de que nos fuéramos, nos habían convencido de que la diarrea, el paludismo, las infecciones neonatales, la neumonía, el parto prematuro o la falta de oxígeno al nacer no podrían ser un problema en el siglo XXI. Sí, claro, y es cierto..., en una parte del mundo. El otro día leí que un niño de Etiopía tiene 30 veces más probabilidades de morir al cumplir cinco años que un niño de Europa occidental. Y en la Argentina también, no te vayas al África. En Formosa la mortalidad infantil casi triplica la de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.<sup>2</sup> Sí, yo también leo, la desnutrición, la falta de agua potable y saneamiento contribuyen a la mitad de todas estas muertes infantiles. ¡Claro! Es verdad, las enfermedades no son inevitables, ni tampoco los niños enfermos tienen por qué morir. ¿Enseñan eso en las universidades?

<sup>1</sup> En alusión a *El mundo como supermercado* de Michel Houellebecq. Barcelona: Anagrama (Argumentos); 2000.

<sup>2</sup> <http://www.indec.gov.ar>

Lejos del rancho de Dios, los supermercados tiran comida que alguien ha determinado “a ojo”, que está vencida o está por vencer, y la gente se alimenta.

Lejos del supermercado, el gauchito Gil deja a Dios hacer la siesta y sale a fumar un cigarrillo; al final la vida terrenal tiene algo que ofrecer, la vida terrenal y los fieles. ¡Ginebra y faso no faltan! Gabriel devenido en Gil piensa: Menos mal que el “viejo” no leyó que cerca de mil millones de personas (entre ellos niños), se acuestan cada noche casi sin haber comido. Y si supiera que acá en estos pagos que ha elegido para vivir, en la misma Argentina, hay nueve millones de niños que pasan hambre, de los cuales casi 3 000 mueren cada año por desnutrición... Dios no estará más en el cielo, pero angelitos, eso sí que no le van a faltar al limbo.

En Londres, la BBC informa: “El mundo tiene 500 000 millonarios más que el año pasado, según un estudio realizado por la inversora Merrill Lynch y la consultora Capgemini. La investigación indica que el patrimonio de todos los millonarios del mundo trepó un 7.7%, hasta alcanzar los 28 800 millones de dólares”.<sup>3</sup>

En una clase de un país lejano, los futuros médicos repiten sin cesar el axioma central de la nueva geometría bioética: “Desde la década de los 70 están definidos los cuatro principios de la bioética: autonomía, no maleficencia, beneficencia y justicia”. “A la manera de Euclides”, comenta un profesor, “debemos deducir dónde aplicarlos y si han de chocar entre ellos; el análisis racional del caso nos dará la certeza de cuál ha de predominar.”

Gabriel asiente pensativo: “el análisis racional”. Mira la pancita distendida del niño que acaba de morir de hambre y piensa que la autonomía, la beneficencia y la justicia no habrían aplicado aunque se hubiera llegado a tiempo. ¿Qué pensaría el profesor de la autonomía de ese niño que solo había conocido el hambre...?

En su despertar de su siesta soporosa en un humilde rancho de la pampa, Dios lee la mente de Gil y piensa: “Te faltó la ‘no maleficencia’”. “La maleficencia es no ver...”, le dice Gabriel mentalmente.

#### Nota

Hay un derecho a vivir y un derecho a morir, esos son los principios y las obligaciones, tan naturales que no hay ser vivo que no inicie como vida y termine en muerte. En el medio no parece haber ser humano que pueda sobrevivir sin comida, sin salud, sin seguridad y, claro, sin aunque sea el más elemental de los saberes. Diríamos que la incapacidad de sobrevivir sin esos bienes hace a estos naturales. Sin ellos no hay vida y sin vida no hay princi-

pio natural. Ni la muerte vale sin el ejercicio de la vida. Dijimos que el “supermercado” (como metáfora, claro), al mercantilizar todo, incluso los bienes naturales, transforma todo en empresa y administración y necesidad de utilidades. Pero, insisto, si los bienes como la salud, la alimentación, la educación, la seguridad... se compran y se venden, dejan de ser naturales, dejan de ser derechos. Se dirá, claro, que todo cuesta, y ¿quién lo niega?, todo cuesta y el precio es parte del costo asumido por el contrato social o cualquier sistema en el cual yo reconozca que tus derechos son tan derechos como los míos, independientemente de cuestiones que hayan hecho de mí un ser humano más o menos poderoso que vos. La administración del bien común es ni más ni menos que el moderno recurso del impuesto o equivalentes; es decir, nos imponemos algo para el bien de todos. Equilibradamente todos aportamos al bien común; es decir, al completo desarrollo de los bienes naturales. Ese es el límite al supermercado: nadie puede lucrar con los bienes naturales. De ahí para adelante será cuestión de ideología el dejar o no dejar librado al bien común o al mercadeo a otros bienes..., o males. Pero la alimentación, la salud, la educación no se discuten. Mientras un solo ser humano no tenga esos derechos naturales toda cuestión ética o más específicamente bioética es un absurdo. ¿Qué beneficencia podría ser ofrecer a un niño desnutrido, desvalido cognitivamente y sometido al peor de los medios sociales las migajas tecnológicas de una prosperidad mundial desbordante? Es como si ahí comenzara la vida del individuo, cuando yo decido lo que es benéfico a partir de ahí sin importar el pasado que condena al devenir social, físico, mental de la persona. Ya hoy, en nuestra moderna neurocognitiva<sup>4</sup> sociedad, es si no absurdo al menos *naif* hablar de libre albedrío o autonomía por fuera de las vivencias de libertad del individuo o del contrato social. Más aún, ¿cuán autónomos son el hambriento, el necesitado, el marginado? ¿Cuán justo puede ser ofrecer un trasplante hepático a un niño con una hepatitis fulminante ocasionada por un virus de transmisión oral y evitable con el simple tratamiento del agua? Obligatorio sí, justo no. Obligatorio por la propia criminalidad social de que una sola niña no tenga acceso al agua potable y sana. Justo, no; lo justo es no enfermarlo.

Ya en otras ficciones he insistido en que los tan mentados principios no son principios; no se puede razonar a partir de ellos. Vienen con un pasado y un contexto. Los principios son el respeto a la vida y a la muerte, los derechos a la salud, a la alimentación...; lo demás, racionalización irracional. Soy médico e imagino una Facultad de Medicina donde se enseñe la ética del respeto a la vida, donde se enseñe la

3 <http://news.bbc.co.uk>

4 Para el tema de la neurociencia cognitiva y el “libre albedrío”, recomiendo: Michael S. Gazzaniga, *Who's in charge? Free will and the science of the brain*. New York: Harper Collins; 2011.

verdad de la realidad social, donde el médico que queremos tenga el perfil de un agente social que sabe, que sufre con el sufrimiento, que no mira al costado y que entiende que el primer deber, el supremo deber, es velar por los derechos naturales, donde se pueda, desde la actividad de campo a la denuncia. Pensar en un perfil de médico general, de especialista, de tecnólogo informatizado o de administrador es pensar en segundos términos. El principio es la acción social; el perfil del médico es el perfil del agente social, aquel que vela en el hospital, en la salud pública o en el laboratorio por los derechos naturales. Suena idealista y cursi, pero tal vez la acción primera del médico hoy en día sea oponer resistencia al supermercado... ¿Principio

bioético? Quizás. Todo lo demás viene después, aun la beneficencia, la autonomía, la no maleficencia y la justicia. Decía Albert Schweitzer (curiosamente olvidado en las Facultades de Medicina): *Nunca por un momento dejamos de lado nuestra desconfianza de los ideales establecidos por la sociedad y de las convicciones que son guardadas por ella. Sabemos siempre que la sociedad está llena de locura y que nos engañará en lo que respecta a la consideración del significado de la humanidad [...] la humanidad significa consideración por la existencia y por la felicidad de cada uno de los seres humanos.*<sup>5</sup>

Buenos Aires, 19 de marzo de 2012.

---

5 Albert Schweitzer: *Out of My Life and Thought: An Autobiography*. The Johns Hopkins University Press; 60th Anniversary Edition; 2009.